

MIRET MAGDALENA

LA RELIGION DEL PSICOANALISIS

En la película «Freud, una pasión secreta» no se aprecia la actitud de este investigador hacia la religión. Pero Freud dedicó tres libros básicos al tema religioso: **El porvenir de una ilusión** (año 1927), **El malestar en la cultura** (año 1930) y **Moisés y el monoteísmo** (año 1939).

Antes ya había publicado su gran obra sociológico-religiosa **Totem y Tabú** (año 1912) y su primer ensayo clave sobre el tema, **Actos obsesivos y ejercicios religiosos** (año 1907). Pero aquellos tres son los más acabados y definitivos.

Sin duda se explica la oposición que tuvo por parte de muchos hombres de Iglesia por lanzar su cáustica afirmación de que en el futuro sería la religión sólo «el porvenir de una ilusión».

Lo obligado es más bien dar un paso adelante, develando lo positivo y lo negativo que se encuentra en tan extraña afirmación del inventor del psicoanálisis.

Es verdad que cuando caminamos de la mano de los hombres de ciencia siempre ocurre que vamos de sorpresa en sorpresa, y, por eso, cuando este investigador del psiquismo humano habla de la religión como de una ilusión, no comprendemos su postura si queremos hacerle decir más de lo que intentan expresar sus palabras y nos equivocaremos lamentablemente.

La gran realidad que han descubierto los sociólogos científicos del siglo XIX y los psicoanalistas a principios de nuestra centuria es que la profunda realidad humana, individual o social, está condicionada, sí, pero no determinada mecánicamente.

Es lo que sucede con Freud: cuando dice que la religión es una ilusión hay que entenderle, porque para nada juzga la realidad subyacente a las creencias religiosas, sino que sólo hace la afirmación psicológica de que el fenómeno religioso es del orden de los deseos humanos y está condicionado por ellos, sin entrar a dilucidar si corresponden o no a algo fuera del sujeto. «Una ilusión —afirma Freud— no debe confundirse con un error; es más, no es necesariamente un error. La característica de una ilusión es que está motivada por un deseo del hombre, pero no difiere de un delirio psiquiátrico y puede no ser falsa, ni irrealizable, ni incompatible con la realidad... (citado por el Padre Peter Dempsey, O. F. M., en **Freud, Psicoanálisis y Catolicismo**).

Lo que le ocurre a Freud es que mezcla, a veces —¿y qué hombre no lo hace?—, su investigación científica con sus convicciones personales, las cuales evidentemente son ateas. Y eso se refleja en diversos momentos de su obra. Sobre todo se aprecia que la crítica religiosa que él hace proviene —según sus biógrafos mejores—, en gran parte, de su educación y ambiente judío: un 90 por 100 de sus juicios desfavorables a la religión son reacción contra el código religioso-moral de los rabinos de su tiempo, tal como él lo conoció, en la puritana y rígida actitud poco humana de los ambientes donde le tocó vivir de niño y adolescente.

Si se opuso a la religión es porque, en su experiencia personal, la había conocido como algo que «rebaja el valor de la vida», según él mismo confiesa.

Y, sin embargo, algunos biógrafos subrayan que Freud tuvo una cierta inclinación al catolicismo cuando vio su oposición al nazismo, a pesar de las críticas duras que había hecho él de la Iglesia en otras ocasiones anteriores.

Quizá si hubiese vivido más años, el maestro Freud hubiera ahondado más profundamente en el proceso social e

individual que es la religión, descubriendo también los elementos positivos que puede tener, aunque no siempre se manifiesten con la debida pureza.

No olvidemos que Freud confiesa: «Me ocupé menos de las fuentes más profundas de los sentimientos religiosos que de lo que el hombre ordinario entiende por religión» (**El porvenir de una ilusión**). No debió estudiar —nunca se encontró en sus libros referencia alguna— las grandes figuras religiosas del cristianismo, como el Maestro Eckart, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús o San Francisco Javier. Como tampoco habla nunca de los profetas del Antiguo Testamento, que fueron los transformadores sociales de su tiempo, ni se refiere a los grandes santos de la época moderna, como Santo Tomás Moro, el canciller inglés mártir de la conciencia.

También podemos aceptar —¿por qué no?—, como hacen el doctor Jeanneau y el profesor Vergote, siendo los dos católicos, el proceso psico-sociológico por el que explica Freud el origen de la religión. «El proceso intelectual —dice el doctor Jeanneau— que analiza, hasta en sus últimas raíces, los orígenes del sentimiento religioso, no es incompatible con una verdad metafísica» (**Iniciación al Psicoanálisis**). No hay que creer ingenuamente que la idea de Dios se reveló perfectamente de un golpe a los hombres y que, desde el primer momento, tuvo ese alto grado de perfección y pureza que ha tenido en algunos místicos o pensadores católicos. El Padre Alonso Díaz, S. J. —un gran escriturista—, me decía hace poco que esta revelación progresiva de Dios se veía claramente en la Biblia.

El escarpelo de la razón, aplicado por Freud rigurosamente al hecho religioso, es más cercano al hombre auténticamente creyente que las fantasías pseudo-religiosas de su discípulo disidente Jung, cuya psicología parece más religiosa, pero, en realidad, está «más alejada del cristianismo que la de Freud» (A. Vergote, **El conocimiento del hombre por el psicoanálisis**).

La figura del padre humano, de carne y hueso, ha sido —según Freud— absolutizada por los hombres en la figura del Dios-Padre. Este es otro gran descubrimiento sociológico suyo. Pero saber cómo se produce históricamente el hecho religioso no es lo mismo que saber por qué se produce. El mismo Freud confiesa que «todo lo que se relaciona con la religión... tiene algo de grandioso que nuestras explicaciones no llegan a aclarar». Eso es lo mismo que piensa el creyente: el proceso psicológico queda perfectamente aclarado por él, pero la última base o fundamento del mismo, no, porque está por encima de lo psicológico, es de orden filosófico y Freud no entra en este terreno.

Un lector me objetaba, a propósito del psicoanálisis, que la religión no podía aceptar el determinismo de la ciencia. ¿Por qué no? Si la ciencia es la búsqueda de las leyes de todos los hechos humanos o cósmicos, esto supone que hay una constancia, un condicionamiento en la realidad natural, que es lo que trata de conocer y manejar la ciencia, porque, si no, ésta sería inútil, ya que si el psiquismo fuera arbitrario resultaría incomprendible. El conocimiento que la ciencia nos proporciona de las leyes físicas o psíquicas es precisamente para utilizar inteligentemente esos mecanismos fijos y liberarnos del ciego peso de su determinismo, convirtiéndolos en un condicionamiento utilizable inteligentemente. La libertad que predica el cristianismo es una liberación inteligente y no una arbitrariedad voluntarista.